

("Mundo Gráfico", Madrid, 6 agosto 1913).

O. C. tomo IX

EL CONSABIDO VIAJECITO A MADRID

—En quince ó veinte días que pasase usted en Madrid, arreglaría la mayor parte de esos asuntos de que se queja usted se los llevan á paso de tortuga—me dijo.

—¿Y para qué he de ir á Madrid?—le repliqué
—¿Para qué he de ponerme al habla con aquellos á quienes puedo escribir y pueden ellos escribirme? Los asuntos de más cuidado deben resolverse por escrito y no de palabra. Y eso de que un político que no tiene inconveniente alguno en perder cada día tres ó cuatro ó más horas en conversaciones fútiles, y en cultivar á los amigos —¡vaya un cultivol!—no sepa disponer de un par de horas siquiera para contestar cartas, créamele, eso es algo más que mala educación.

—¿Y qué más es?—me preguntó.

—Es temor á comprometerse. Las palabras vuelan; los escritos quedan, se dijo ya en latín... Y las gentes quieren poder desdecirse. ¡Y como no es tan fácil des-escribirsél...

—¿Usted cree que es por eso?

—Algo es por eso, y mucho más, justo es decirlo, por pereza. Aquí la gente, con tal de no tener que leer, pierde triple ó cuádruple tiempo en oír, y con tal de no tener que escribir, lo pierde tres ó cuatro veces mayor en hablar. Hay verdadera *grafofobia*. País de oyentes, de auditorio, no de lectores, y país de oradores—la casi totalidad de ellos detestables—no de escritores. Y hasta los escritores suelen resultar oradores por escrito. La gente no sabe leer. Mire usted, yo no tengo tan mala letra, sino bastante clara y legible; pues bien; para acabar de entenderme con cierto sujeto no tuve más remedio que ir á verlo y leerle una carta que pocos días antes le había escrito. No la habría entendido ni aunque hubiese estado impreso. Y he conocido un señor, periodista y director que fué mucho tiempo de uno de nuestros primeros diarios, que se jactaba de no contestar á las cartas con cartas. Antes de escribir una acudía al telégrafo, á ese horrible telégrafo que es un pretexto para no escribir.

—Se comprende; como el escribir era su oficio, estaría harto de ello...

—No; es pereza, pereza, pereza y pereza. La epistolofobia de tantos españoles que pierden tantas horas al día charlando insustancialidades en tertulias de café, no es más que pereza. Y la pereza es mala educación. Pero en eso de que vaya á Madrid hay además otra cosa, y es la especie de reudimiento de homenaje que se supone



D. Mariano Feilo y D. Francisco Músicos Mayo



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S.



es dejar uno las comodidades de su casa y hogar, sus ocupaciones y quehaceres, y tomarse las molestias y los gastos de un viaje para ir á tratar cara á cara y de palabra cosas que muy bien pueden ser tratadas por escrito y á distancia.

—¡Hombre, no!—me replicó.—Por allá suponen que el hacer de vez en cuando un viaje á Madrid, lejos de ser un sacrificio, es todo lo contrario...

—Si—le repliqué.—Suponen así porque hay una tropa de haraganes, mal avenidos con los deberes de su cargo ó profesión, que sólo buscan cualquier pretexto para hurtarse á ellos, y están inventando todo género de Comisiones, y porque suponen que la Villa y Corte tiene unos atractivos tales que apenas ha de haber quien no quiera ir de cuando en cuando á ella á echar una cana al aire, como se dice.

—¡Natural!

—Pues no tan natural, amigo. Para mí, por ejemplo, esa Villa y Corte no tiene atractivo especial alguno. Y menos mal si pudiese ir á ella sin que nadie allí me conociera. Entonces sería otra cosa. Pero ir á que le traigan á uno y le lloven, y le pregunten y le consulten y le muelan... ¡No, no, no y no!

—¡Pues eso de no querer ir!...

—Sí, lo sé; estimanlo muchos como soberbia. Entendido. Y, ¿qué le hemos de hacer? Quieren que se se vaya á bailarles el agua, á formar en la corte de sus aduladores, á murmurar en cotarros y cotarrillos, en salones y saloncillos á hacer cola, á suplicar... Aborrezco toda forma de pordiosería. Y me he propuesto, entre otras muchas cosas, demostrar que se puede hacer mucho, pero mucho, y tener eficacia y hasta valimiento, sin moverse uno del rincón provinciano donde la Providencia le puso y donde tiene que hacer más que en ese otro rincón provinciano que llaman Madrid. Es un modo de pelear por la libertad de otros.





—Vamos, sí, que es usted anti-centralista.

—¡No, nada de eso! El centralismo nada tiene en esencia que ver con esto de que estamos hablando. Puede un país estar fuertemente centralizado y no llevar las cosas á punto que todo ciudadano que necesite ventilar algún asunto tenga que hacer su viajecito á la Corte. Esto parece tramado por los fondistas, hosteleros y comerciantes de la Villa y Corte. La centralización es una cosa, y eso de no hacerle caso á uno hasta que venga en persona á pedir lo que desea y pierda el tiempo en solicitar audiencias y en celebrarles, esto es ya otra cosa.

—El caso es—me contestó—que hay muchos por allá que piensan que cuando uno no se toma la molestia de hacer su viajecito é irse en persona á tratar de palabra su asunto, es que no le importa gran cosa por él.

—Sí, á eso les tienen acostumbrados los pordioseros, que son tantos en esta tierra. Y luego aquello de: «¡Ojos que no ven, corazón que no siente!»

—Pero siempre es bueno renovar amistades, trabar otras nuevas, hacer que no le olviden á uno los amigos...

—¡Ah! ¿Pero es que son amigos que si no le ven á uno de vez en cuando, pudiendo como pueden escribirle, le olvidan? Vale más que le olviden. Y en fin, amigo, que tengo siempre mucho que hacer aquí y no puedo ir á perder el tiempo en Madrid, que me divierte muy poco.

MIGUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S